



Déjame contarte

POR MARÍA ANTONIETA COLLINS

La fuente de la juventud

Sentada en el sillón del médico, resisto heroica cada pinchazo de la jeringa. “¡Ay!”, digo, por el piquete en las horribles líneas que se me hacen en la cara y que van paralelas, de la nariz a la boca. “¡Ay!”, vuelvo a decir por el pinchazo en las arrugas que salen en el ceño y la frente. Y grito un ¡ay! más por los piquetitos para terminar con las “patas de gallo” en el exterior de los ojos.

De pronto callo y me calma ver la cara apacible de Carlos Wolf, cirujano plástico, quien sin inmutarse y como mago de cuentos de hadas, sabe dónde poner las modernas “pócimas maravillosas”, es decir, las inyecciones que surten efecto inmediato de juventud. El doctor Wolf me alcanza el espejo, y comienzo a ver que lo que estaba arrugado luce “lisito” y

que el arco de mis cejas está igual que cuando tenía quince años. Hasta me dan ganas de preguntar: “Espejito, espejito. ¿Quién es la más bella?”.

Estas sesiones —a las que asisto por lo menos cuatro veces al año— me levantan el ánimo de tal manera, que estoy convencida de que los médicos como Wolf, que aplican el procedimiento, son la versión moderna del explorador español Juan Ponce de León. El descubridor de la Florida murió en su intento de encontrar ahí “la fuente de la eterna juventud”.



Cada vez que leo su historia de mil penurias por perseguir el “sueño imposible”, lo compadezco por haber atravesado pantanos infestados de animales venenosos y tribus peligrosas, creyendo que estaba cerca del manantial que tenía “agua que evitaba que la gente se hiciera vieja”. En lugar de hallarlo, descubrió la Florida (tierra a la que bautizó por las flores que halló aquella Pascua

Dejo la reflexión momentánea porque una amiga de las que nunca faltan me encuentra a la salida del consultorio médico luego de una sesión de Botox, Juvaderm, Restylane y demás, y me dice, intrigada: “¡Ay, mi amiguita! ¿Y no te duele inyectarte?... ¡Huy, qué miedo!”.

“¿Miedo?”, respondo yo, “¿Dolor? ¡No, hombre! ¡Más miedo y más dolor me causan las arrugas que veo en el espejo!”.

“¡Más miedo y más dolor me causan las arrugas que veo en el espejo!”.

Aunque a decir verdad, miedo me dan también las temerarias que se embarcan en aventuras de inyectar-

de abril de 1513). Como en la primera expedición no encontró el manantial, Ponce de León se embarcó, obsesionado, en una segunda. Le fue peor. Víctima de una emboscada, lo hirieron con flechas envenenadas y murió delirando por el paradero de la “fuente de la eterna juventud”.

se sabrá Dios qué cosas y con quién, “sólo porque se las dan baratas”. O porque se las pusieron en un tipo de fiestas que se han hecho populares, los “Botox Party”, donde según el número de invitadas, el precio de cada inyección es menor.

“¿Qué hubiera pensado Ponce de León”, me dice la dermatóloga Flor Mayoral, una de las primeras en aplicar Botox en Estados Unidos, “si le hubieran dicho que, con el correr de los siglos, la juventud estaría al alcance de cualquiera, y que la única valentía que requeriría quien quisiera prolongarla sería resistir el pinchazo de minúsculas agujas que depositan en las arrugas, no agua maravillosa, sino sustancias obtenidas en un laboratorio? ¡Hubiera dicho que se trataba de locos que deberían ser quemados por la Inquisición!”.

“¡Santo Cristo del Buen Viaje!”, exclamo aterrada, cuando me entero de historias de pavor a raíz de algunas de estas “fiestas”.

Hágase el gran favor: si ya se decidió por la moderna “fuente de la eterna juventud” —léase, las inyecciones—, deje el regateo para cuando salga a comprar un auto o una casa. Hágalo por una sencilla razón: se nace con un solo rostro, y supongo que usted quiera conservarlo en el mejor estado posible.

Por lo demás, ¡arriba, mis valientes! Ármense de valor y piensen en mi frase preferida: “Para ser bellas... ¡hayan que yer estrellas!”. ¡Qué caray!